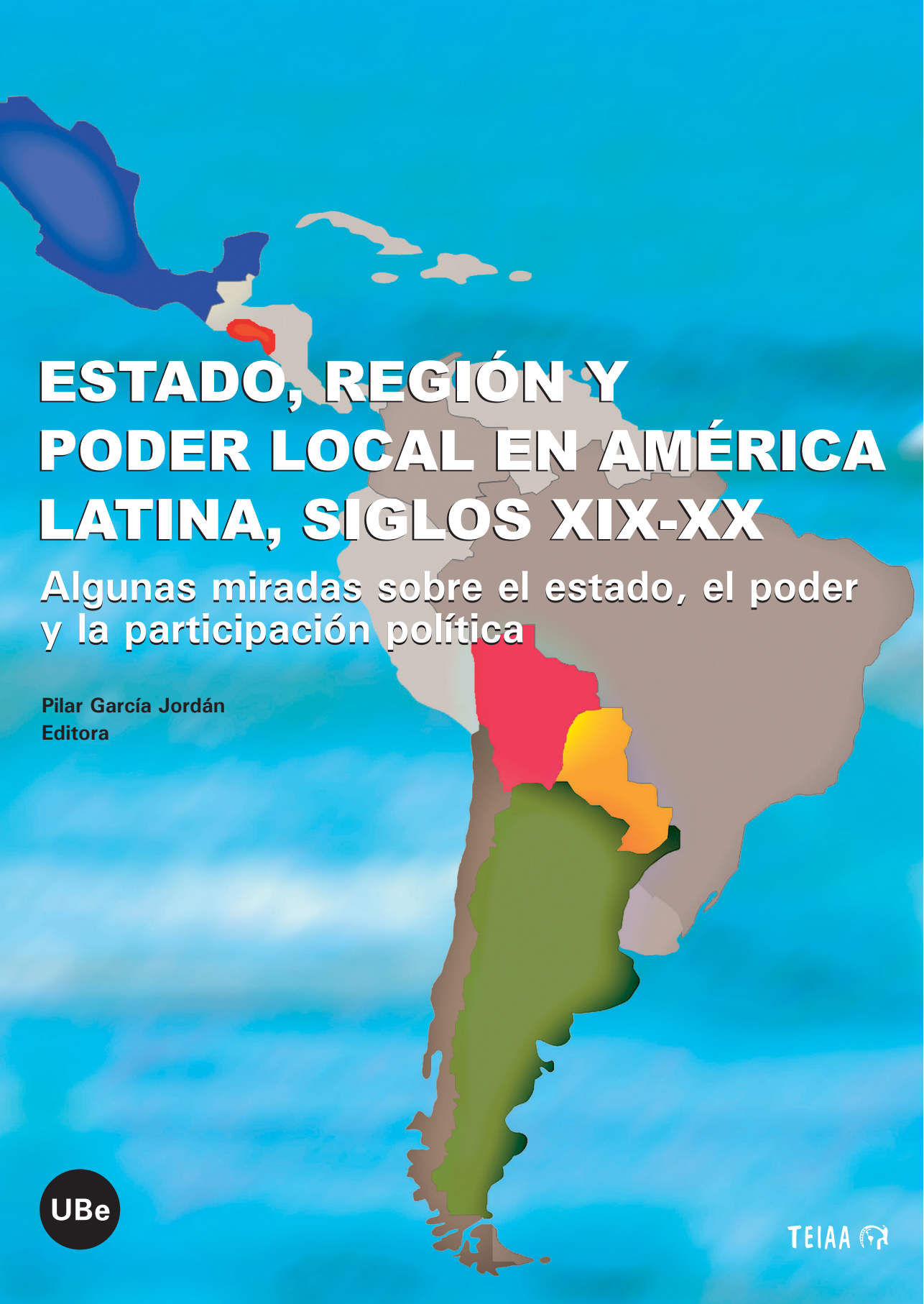




ESTADO, REGIÓN Y PODER LOCAL EN AMÉRICA LATINA, SIGLOS XIX-XX

Algunas miradas sobre el estado, el poder
y la participación política

Pilar García Jordán
Editora

UBe

TEIAA 

Estado, región y poder local en América Latina, siglos XIX-XX.

**Algunas miradas sobre el estado, el poder
y la participación política**

Pilar García Jordán (ed.)

Publicacions i Edicions



UNIVERSITAT DE BARCELONA



Taller de Estudios e Investigaciones
Andino-Amazónicas

ÍNDICE

Presentación	11
Antonio Acosta. Hacienda y finanzas de un Estado oligárquico. El Salvador, 1874-1890	17
Marta Irurozqui. Los mil y un senderos de la ciudadanía. Reflexiones y propuestas historiográficas sobre el desarrollo de la ciudadanía en América Latina	81
Lea Geler. “¡Pobres negros!”. Algunos apuntes sobre la desaparición de los negros argentinos	115
Gabriela Dalla Corte. La construcción de la región del Gran Chaco más allá de la nación: mensuras, conflictos de límites e intereses empresariales (1870-1932)	155
Miguel Angel González Leal. <i>¡Por Guayaquil independiente!</i> Rasgos históricos del regionalismo político guayaquileño de 1820 a la actualidad	209
Sandra R. Fernández. Poder local y virtud. Legitimación burguesa en el espacio local. Rosario -Argentina- en las primeras décadas del siglo XX	229
Pilar García Jordán. “Guarayos es el cofre que contiene la más grande esperanza para Bolivia”. La construcción del <i>espacio local</i> y el surgimiento de un nuevo grupo dirigente (1938/39-1948)	251
Sílvia Bofill Poch. Poder local, Estado mexicano y comunidad indígena: el caso de San Juan Nuevo Parangaricutiro (Michoacán)	287
Clara López Beltrán. Un imaginado banquete comercial: Una historia de Riberalta (Bolivia), 1890-1920	305
Esther del Campo. Descentralización política y democratización en Bolivia	329
Autores	351

Presentación

El 29 y 30 de noviembre de 2006 un grupo de investigadores nos reunimos en Barcelona en el Simposio *Estado, región y poder local en América Latina. Una reflexión sobre la construcción del Estado, del poder y de la participación política*, con el objetivo de analizar y debatir, desde una mirada interdisciplinaria, cuestiones relativas a las características del estado-nación, el surgimiento y la articulación de diversos espacios regionales y la conformación de los poderes locales en la construcción de los estados latinoamericanos. La convocatoria, generosamente recibida por conocidos especialistas en dichas temáticas que aceptaron participar, había partido del Taller de Estudios e Investigaciones Andino-Amazónicas (TEIAA), grupo de investigación consolidado de la Universitat de Barcelona (2005SGR 00250), algunos de cuyos miembros habían presentado a la convocatoria de proyectos I+D del Ministerio de Educación y Ciencia del año 2005, un proyecto directamente vinculado a los resultados obtenidos en la investigación precedente en torno a la problemática del Simposio. La idea fundamental era reunir a algunos especialistas procedentes de diversas disciplinas con los cuales poder discutir categorías utilizadas, perspectivas teóricas, instrumentos metodológicos que nos permitieran avanzar en el conocimiento de la organización del estado, del surgimiento y desarrollo de espacios regionales, de la conformación de grupos de poder local, de algunos de los imaginarios ya de los grupos dirigentes, ya de los grupos subalternos. Aunque inicialmente nuestra pretensión fue que la interdisciplinariedad alcanzara a todas las ciencias sociales implicadas, finalmente, razones operativas nos llevaron a que las “miradas” fueran hechas desde la historia, la antropología y la ciencia política.

Las ponencias presentadas, que en su versión escrita recogemos en este volumen, se vertebraron en cuatro sesiones, la primera de las cuales giró en torno a la construcción del estado-nación que fue analizada desde diversas perspectivas. Las dos primeras miradas fueron desde la historia, correspondiendo la primera de ellas a Antonio Acosta en *Hacienda y finanzas de un Estado oligárquico. El Salvador, 1874-1890*; el autor demuestra aquí en qué medida en el país centroamericano, la Hacienda, o lo que es lo mismo el funcionamiento de las finanzas, espacio fundamental para el funcionamiento de todo Estado, fue gestionada por los “grupos sociales dominantes” desarrollando una política fiscal que sentara las bases de su hegemonía que, según el autor, les mantendría en el poder por más de un siglo. Según Acosta, con el auge de la producción del café, los grandes propietarios cafetaleros, los negociantes del grano y los empresarios que gestionaron el comercio exterior consiguieron que los gobiernos salvadoreños diseñaran un modelo de funcionamiento hacendístico que reflejaba, en términos económicos, la correlación de fuerzas existente en el país. En consecuencia, señala el autor, se consolidó la hegemonía de dichos grupos que, por otra parte, les aseguró las condiciones óptimas para la reproducción del capital y la acumulación de

beneficios incluso en coyunturas de crisis económica internacional. En última instancia, el trabajo de Acosta aborda uno de los aspectos de la formación del estado liberal en América Latina, la política fiscal de los gobiernos salvadoreños de la etapa señalada, con lo que revisa también el significado de un concepto muy manido por los científicos sociales cuando mencionan el estado liberal latinoamericano, cual es el de su “debilidad”.

La segunda mirada, también desde una perspectiva histórica, fue la de Marta Irurozqui en *Los mil y un senderos de la ciudadanía. Reflexiones y propuestas historiográficas sobre el desarrollo de la ciudadanía en América Latina*. El objetivo de la ponencia, y del texto que aquí se recoge es doble; por un lado, ofrece una visión general actualizada sobre los enfoques temáticos en torno a la ciudadanía, en particular la vinculada a la idea que el sufragio define, o no, la ciudadanía. Tal elección es justificada por la autora en el sentido que el elemento más visible del ejercicio ciudadano y de la democracia es el voto al ser las elecciones la institución por excelencia del régimen representativo. La reflexión historiográfica realizada por Irurozqui le lleva a hablar así de la “democracia de las movilizaciones”, que relega metodológicamente a un segundo plano la centralidad del sufragio y busca alternativas de expresión pública vinculadas al desarrollo de la sociedad civil, y de la “democracia de las urnas” que se realiza a partir del acto electoral. Por otro lado, la autora ofrece una síntesis de la investigación realizada sobre el caso boliviano en la que estudia el modo en que, lo que ella denomina la “infracción electoral” posibilitó el progresivo aprendizaje de la ciudadanía y la institucionalización de la democracia en contextos de sufragio censitario.

La tercera mirada en torno al estado-nación fue tanto antropológica como histórica y fue abordada por Lea Geler con su ponencia “¡Pobres negros!”. *Algunos apuntes sobre la desaparición de los negros argentinos*. La autora analiza lo que llama la “desaparición” de los afroargentinos como un mito de origen de la nación, construida por los discursos de políticos e intelectuales durante el siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX. En consecuencia, Geler disecciona por un lado, algunos de los textos más significativos sobre la historia argentina escritos por Domingo Sarmiento, Juan Bautista Alberdi, Bartolomé Mitre, Vicente F. López; y por otro lado, algunas “memorias” de Buenos Aires, o clásicos de la literatura argentina debidos, entre otros, a José Antonio Wilde, Víctor Gálvez y Eduardo Gutiérrez para concluir, que la “desaparición” afroargentina derivó de un proceso de etnización de dicha población desarrollado a través de construcciones discursivas ligadas a la fundación de un estado-nación centrado en la idea de territorio que permitió al grupo afroargentino transitar hacia lo “blanco-popular”.

La segunda sesión abordó la relación Región y Estado, bien en el surgimiento de un espacio regional como fue el caso expuesto por Gabriela Dalla Corte con *La construcción de la región del Gran Chaco más allá de la nación: mensuras, conflictos de límites e intereses empresariales (1870-1932)*; bien en la conformación del regionalismo político como mostró Miguel

Angel González Leal en “¡Por Guayaquil independiente!” *Rasgos históricos del regionalismo político guayaquileño de 1820 a la actualidad*. Ambos autores, de formación antropológica e histórica, ofrecen en sus trabajos una mirada desde la historia.

En el primer caso, Dalla Corte utiliza el territorio del Gran Chaco como escenario privilegiado en el que los intereses empresariales están estrechamente vinculados a intereses políticos y de defensa de la soberanía en una zona donde ésta estaba en disputa. La tesis sostenida por la autora es que la ocupación del Gran Chaco paraguayo se basó, en gran medida, en la interesada actuación de agrimensores, técnicos, ingenieros y topógrafos que, al servicio de grupos empresariales interesados en la explotación del quebracho y la actividad extractiva taninera, avanzaron sobre tierras fiscales llegando incluso a vulnerar la legislación de remate de dichas tierras y los principios del *uti possidetis* vigentes.

En el segundo caso, González Leal aborda la cuestión regional en el Ecuador republicano a partir del actor privilegiado que es Guayaquil y su hinterland. El trabajo, que por cuestiones editoriales es necesariamente breve, es una síntesis de la evolución histórica del regionalismo guayaquileño desde 1820 en la que se focalizan las coyunturas más significativas del fenómeno regionalista en la historia política ecuatoriana hasta el presente cuando, según el autor, el fenómeno se encuentra en una etapa de concreción política que podría conducir a un autogobierno de la región en un futuro más o menos inmediato.

La tercera sesión giró en torno al poder local, ya analizando las estrategias utilizadas por la burguesía de Rosario (Argentina) para legitimar su condición de grupo dirigente en el espacio local en los inicios del siglo XX, que ofrece Sandra Fernández; ya estudiando el surgimiento de un grupo dirigente en el Noroeste del departamento boliviano de Santa Cruz a partir de la secularización de las misiones franciscanas existentes entre los guarayos, autoría de Pilar García Jordán; ya abordando las vinculaciones del poder local con el Estado y las instituciones políticas como hace Silvia Bofill; ya historizando el nacimiento y desarrollo de una población del Beni boliviano, Riberalta, trabajo que si bien no pudo ser expuesto como estaba previsto por su autora, Clara López Beltrán, se incluye aquí en su versión escrita.

En el primer caso, la historiadora S. Fernández en *Poder local y virtud. Legitimación burguesa en el espacio local. Rosario –Argentina- en las primeras décadas del siglo XX*, estudia la forma en que la poderosa burguesía rosarina, económicamente potente aunque no políticamente, aprovechó los festejos del centenario de la “revolución” de 1810 para desplegar una serie de estrategias tanto políticas como culturales, educativas y asistenciales, ya en términos individuales, ya corporativos con el objetivo básico de legitimarse tanto así misma como a toda la ciudad como “organismo social” que representase a Rosario como “un faro de virtud en la república”.

La segunda mirada, también hecha desde la historia, es la ofrecida por P. García Jordán que en *Guarayos es el cofre que contiene la más grande*

esperanza para Bolivia". La construcción del espacio local y el surgimiento de un nuevo grupo dirigente (1938/39-1948), demuestra cómo la legislación aprobada por los gobiernos militares tras la secularización de las misiones franciscanas entre los Guarayo favoreció el surgimiento de un nuevo grupo dirigente en la región del que no formarían parte los pobladores indígenas, hasta entonces únicos habitantes de la zona juntamente a los religiosos franciscanos y algunos blanco-mestizos autorizados por aquéllos. La autora, después de señalar los antecedentes previos a la secularización, analiza las medidas más significativas tomadas por el Ejecutivo desde 1938/39 con el surgimiento de la Delegación Nacional hasta su supresión, ya transmutada en Intendencia Delegacional (1947/48) y ofrece un primer avance de las características del nuevo grupo dirigente blanco-mestizo surgido en Guarayos. Como demuestra García Jordán, varios de los miembros de dicho grupo habían desempeñado un rol fundamental en los poblados guarayos tras la secularización, el de de *administradores*, esto es, nuevos gestores de los territorios y bienes que reemplazaron a los misioneros en el gobierno de los cinco pueblos guarayos: Ascensión, San Pablo, Urubichá, Yaguarú y Yotaú.

En tercer lugar, desde una mirada antropológica, Sílvia Bofill Poch en *Poder local, Estado mexicano y comunidad indígena: el caso de San Juan Nuevo Parangaricutiro (Michoacán)* parte del estudio de esta comunidad indígena que en la década de 1980 afronta un proceso que le permite organizarse como una de las empresas sociales forestales más reconocidas nacional e internacionalmente deviniendo comunidad indígena "ejemplar". La autora demuestra que la articulación política de la comunidad con el Estado mexicano y las instituciones políticas en el poder son las claves para que tal comunidad se construya y proyecte como "ejemplar"; en igual medida muestra que esa articulación política explica el desarrollo de la empresa y la comunidad, en forma paralela al fortalecimiento de una élite política local, con un proceso de diferenciación y jerarquización al interior de la comunidad; y, finalmente, muestra también las críticas contestatarias al poder de dicha élite que se formalizan a partir de dicha articulación.

En cuarto lugar, la mirada de la historiadora Clara López Beltrán en *Un imaginado banquete comercial: Una historia de Riberalta (Bolivia), 1890-1920*, ofrece una interesante aproximación a la población, capital de las delegaciones nacionales del Madre de Dios y del Purus, surgida para defender la soberanía boliviana en la región y administrar sus recursos. Muestra la autora que Riberalta se construyó como punto de intercambio comercial y referencia socio-cultural en la zona a partir de la actuación de un reducido grupo de empresarios y comerciantes vinculados a la goma elástica.

La última sesión fue la dedicada a abordar las cuestiones de la descentralización y autonomía en el presente latinoamericano. La temática fue abordada por la politóloga Esther del Campo que, en su trabajo *Descentralización política y democratización en Bolivia*, después de reflexionar sobre la Ley de Participación Popular y la Ley de Descentralización administrativa, como

primeros pasos del proceso descentralizador en la década de 1990, sostiene que la profundización de la descentralización está directamente relacionada con el desgaste de las instituciones democráticas. Y, en ese sentido, señala que la creación de una multiplicidad de canales de participación sin un paralelo fortalecimiento de la institucionalidad democrática ha conducido a un bloqueo del sistema. La alternativa a dicho bloqueo se encuentra, según del Campo, en la necesidad de lograr en la Asamblea Constituyente consensos amplios sobre la legitimidad y funcionamiento de las instituciones democráticas.

Todas las sesiones del Simposio fueron seguidas por interesantes debates a partir de las relatorías que para cada una de las sesiones desarrollaron, respectivamente, Gabriela Dalla Corte, Víctor Peralta, Chiara Vangelista y Pilar García Jordán. Dichos debates, que culminaron, a modo de clausura del Simposio, con una mesa redonda en la que A. Acosta, G. Dalla Corte y P. García Jordán retomaron los puntos más significativos abordados en las dos jornadas, contaron con la activa participación de estudiantes de licenciatura y doctorado además de diversas personas interesadas en el pasado y presente latinoamericano que no dejaron de preguntar, cuestionar o pedir matizaciones a los ponentes acerca de sus trabajos. Sin la actuación de todos ellos, sin el rigor, la pasión y el interés que todos mostraron, el Simposio no habría cubierto su objetivo fundamental, propiciar el estudio y debate interdisciplinario sobre el estado-nación, el papel de los espacios regionales y los poderes locales en la construcción de las repúblicas centro y sudamericanas.

Finalmente, el Simposio pudo celebrarse gracias, no sólo a la generosidad de todos los participantes, sino también al apoyo brindado por el Ministerio de Educación y Ciencia (acción complementaria HUM2006-26442-E/HIST), de la Fundació Casa Àmerica Catalunya, de la Agència de Gestió d'Ajuts Universitaris i de Recerca (acció mobilitzadora 2006/ARCS1/00099), de la Comissió de Recerca de l'Agrupació d'Humanitats de la Universitat de Barcelona y de todos los miembros del TEIAA, en particular de Lea Geler y Anna Guiteras que, diligentemente, además de participar activamente en todas las sesiones, cooperaron eficazmente en las tareas logísticas del Simposio. Ahora sólo cabe esperar que los debates que entonces sostuvimos continúen tras la publicación de este volumen.

Pilar García Jordán

Barcelona, 26 de marzo de 2007

“¡POBRES NEGROS!”. ALGUNOS APUNTES SOBRE LA DESAPARICIÓN DE LOS NEGROS ARGENTINOS

Lea Geler ¹

TEIAA / Universitat de Barcelona

1. Introducción

En este trabajo nos acercaremos al tema de la “desaparición afroargentina”, un supuesto que caracteriza al imaginario nacional argentino, arraigado fuertemente en el sentido común tanto nacional como internacional desde finales del siglo XIX. La desaparición afroargentina es una premisa de partida de la mayor parte de los análisis que se hacen sobre afroargentinos y que aún hoy, ante la presencia física de quienes se reclaman como descendientes de esclavos, no quiebra su hegemonía. Si bien consideramos que la “desaparición” es resultado de una multiplicidad de procesos simultáneos sostenidos desde diferentes lugares, en este artículo analizaremos cómo a través de los discursos de Estado y de los hombres ligados a él o a la élite intelectual, en líneas generales y con fuertísimas contradicciones, se trazaron líneas que habrían permitido la invisibilización de esta comunidad y su pasaje a lo nacional, al pueblo argentino. Para desarrollar nuestro trabajo analizaremos la producción literaria y ensayística de distintas “personalidades” del ámbito político e intelectual del siglo XIX argentino y de las primeras décadas del siglo XX, buscando las huellas del olvido afroargentino que presenta la Argentina

1. Con el apoyo del DURSI (Departament d'Universitats, Recerca i Societat de la Informació) de la Generalitat de Catalunya. Este trabajo forma parte de la tesis doctoral en curso sobre la población afroporteña finisecular y se inscribe en el proyecto de investigación I+D del MEC, Ref. HUM2006-12351/HIST.

en la actualidad y que fue reforzado durante todo el siglo XX. El tema al que nos acercamos ha sido abundantemente tratado por diversos autores mostrando el racismo imperante en los discursos nacionales, autores con los que mayormente estamos de acuerdo. Sin embargo, quisiéramos agregar un punto de reflexión nuevo sobre esta materia, a saber, la forma en que fue construida la alteridad afroargentina en los albores de la nación y que creemos sentó las bases para su posterior “desaparición” y olvido. Así, mostraremos que no todos los tópicos que se crearon sobre negros y mulatos argentinos fueron negativos, y que esos rasgos positivos con que también se los describió fueron importantes. De este modo, a pesar de la existencia de un fuerte racismo discursivo y práctico, se abrieron brechas para que la población afroargentina “desapareciera”. Una “desaparición” que habrá sido abonada sin duda por un altísimo proceso de mestizaje, por la llegada masiva de inmigración europea, por la gran participación de los afroargentinos en las contiendas armadas² o incluso por sectores de la comunidad afroporteña (y combatida por otros), pero que sin embargo va más allá. En este sentido, aquí no interesará saber cuál o cuáles fueron las “causas” de la desaparición, sino, por el contrario, mostrar que la desaparición es en sí misma parte del mito de origen de la nación argentina que permitió que luego la población fuera caracterizada como blanca y europea, descendiente directa de Europa. En algunos casos, la construcción de alteridad de los pueblos indígenas, por lo menos cuando estos aún disputaban territorio con el estado, servirá de punto de comparación. Veremos en este trabajo que justamente, el territorio en disputa fue un elemento crucial en la marcación (o des-marcación) de los afroargentinos, enrolados en su mayoría en los cuadros militares y considerados héroes de la patria. No menos importante resultará la imagen creada desde la época de la esclavitud de los negros industrioses y trabajadores, fieles siempre a sus generosos y bondadosos amos.

Tomaremos así textos de Sarmiento, Alberdi, Mitre y Vicente F. López, también revisaremos pasajes de algunos de los primeros libros de “memorias” de Buenos Aires y de textos literarios de quienes después se constituyeron como “clásicos” de la literatura argentina, como Wilde, Gálvez, Echeverría, Mármol o Eduardo Gutiérrez. Estos “textos fundadores” constituyen a partir de sus continuas reelaboraciones memorias ideológicas-discursivas, estableciéndose como textos “primeros” o primordiales (Narvaja de Arnoux, 2006) que organizan y sientan las pautas de los discursos, políticas, historias y memorias por venir.

2. Estas son algunas de las clásicas explicaciones que se ofrecen a la pregunta de cómo desapareció la población afroargentina, desarrolladas extensamente en Andrews (1989).

2. “Caras negras y cabezas blancas”. Alberdi y Sarmiento

Si hemos de considerar a los “padres de la patria”, Sarmiento y Alberdi figurarían en los primeros puestos de la lista. Sus obras y escritos fueron y son profusamente citados, enseñados y estudiados, homenajeados y monumentalizados, siendo la disputa que mantuvieron a lo largo de sus vidas objeto de detallada atención. Tomaremos en primer lugar textos de estos dos hombres cuyas palabras fijaron, y fijan aún, políticas estatales y contenidos en los planes educativos, para analizar algunos de sus posicionamientos con respecto a la población afrodescendiente.

En el año 1900, aparecía en el libro *Miscelánea. Propaganda revolucionaria* los artículos de Juan Bautista Alberdi publicados en el periódico *El Nacional* y en la *Revista del Plata* entre 1838 y los primeros años de la década de 1840. En su enconada lucha contra el régimen rosista, Alberdi atacaba la utilización por parte del Rosas de la “plebe” para afianzar su poder, acusándolo de mantenerla deliberadamente en la ignorancia y la barbarie para hacer mejor uso de ella, negándole la opción a mejorar al cerrarle las puertas a la educación. Precisamente para ejemplificar el modo en que, según Alberdi, la sociedad argentina vivía defendiendo los caducos valores aristocráticos de la pasada colonia, el autor exponía el caso del Café de los Hermanos. En aquel establecimiento se habrían presentado cuatro “jóvenes de color” – limpios, con porte, con estilo, llenando las conveniencias sociales- pero se les habría negado la atención por ser “pardos”. De este hecho de discriminación partirá la encendida defensa de Alberdi de la igualdad de los afroargentinos, destacando entre otras cosas que ellos habían sido “... los que [dejaron] sus huesos y su sangre en los campos de Ituzaingó y Chacabuco, a fin de tener esta patria, esta bandera, esta libertad, esta dignidad que tenemos todos, menos ellos”, y continuará exclamando “... ¡Pobres hombres de color! Ellos lo han hecho todo, y ni siquiera las puertas del teatro y del café, se les abre para gozar un instante de la paz que ellos nos han conquistado!” (Alberdi, 1900: 182). Quisiéramos remarcar antes de continuar que la expresión utilizada por Alberdi de “¡Pobres hombres de color!” habría sido utilizada, según Gesualdo (1982), por San Martín después de la batalla de Chacabuco en 1817 (en la forma de “¡Pobres negros!”) al notar cuántos de ellos habían muerto, y veremos que será reutilizada varias veces más en los escritos que estudiaremos en los apartados siguientes.

Para profundizar en las ideas de igualdad, Alberdi exponía que las diferencias entre los hombres debían ser individuales, entre aquellos que fueran inteligentes y honrados y aquellos que fueran holgazanes o estúpidos, pero nunca entre razas:

“... que todo hombre tenga igual derecho a ser todo lo que puede ser. Negro, blanco, rico, pobre, si él puede ser capaz de todo, déjesele ser: y en siendo capaz él será igual al hombre capaz aunque sea negro, mulato o indio: porque ni el color ni el cabello ni la sangre son capacidades. La capacidad verdadera está en el talento, en la fortuna, en la industria, en la virtud, en el honor” (Alberdi, 1900: 184).

En todo el texto, esta es la única vez que se mencionará a los “indios”, a los que también se les otorgaría capacidad de cambiar y mejorar, aunque el artículo está centrado particularmente en los negros y mulatos. Si bien Alberdi defiende a negros y mulatos como forma de ataque a Rosas y para denunciar la utilización de éste de las masas “barbarizadas”, sienta una clara posición que defiende los derechos de estos “argentinos” que a través de sus cuerpos —de dejar sus huesos y su sangre— habían defendido la patria.

Unos años más tarde, las *Bases* de Alberdi eran casi textualmente copiadas para la redacción de la Constitución, promulgada en 1852. En ese libro, Alberdi describía a la población habitante del territorio argentino como “escasa”, “desértica” y “solitaria”, imposibilitada de ser “nación”. La inmigración europea, única salida visible para el poblamiento, también lo era para el mejoramiento de lo que se describía como las “masas populares”:

“Haced pasar el *roto*, el *gaucho*, el *cholo*, unidad elemental de nuestras masas populares, por todas las trasformaciones del mejor sistema de instrucción: en cien años no haréis de él un obrero inglés que trabaja, consume, vive digna y confortablemente... No tendréis orden ni educación popular sino por el influjo de masas introducidas con hábitos arraigados de ese orden y buena educación” (Alberdi, 1981: 90).

Creemos que estos dos textos no son del todo contrapuestos. Si bien es evidente un cambio en el tratamiento de las “masas populares”, “el roto, el gaucho y el cholo” no son —discursivamente hablando— “negros y mulatos”. En primer lugar, el “roto” y el “cholo” aluden directamente a poblaciones indígenas —en muchos casos mestizadas con población afrodescendiente—, del norte y del sur, pauperizadas y consideradas como “bárbaras”. El “gaucho”, por su parte, alude a aquellos “vándalos”, hombres —en muchos casos negros y mulatos— que vivían en los campos de las pampas, con trabajos esporádicos y sin ningún tipo de vínculo laboral estable. Alberdi incluye, pero sin nombrar explícitamente, a negros y mulatos en esa masa incivilizada que sólo mediante la mezcla y dilución con población inmigrante podría mejorar. Pero este no nombrar nos parece interesante a la hora de sugerir la existencia de distintas concepciones del autor sobre las comunidades indígenas y afroargentinas, siendo la descripción de la población afroargentina como mártir de guerra y vulnerable a la manipulación la más relevante para caracterizar a estos últimos.

Contemporáneamente a los textos de Alberdi, Sarmiento escribía su *Facundo*, famoso alegato contra el caudillo riojano Facundo Quiroga que dejó instalada la dicotomía civilización/barbarie en el imaginario colectivo de la República Argentina. Esa barbarie que se debía erradicar quedaba ejemplificada en Quiroga, en sus seguidores y en sus aliados, especialmente en Rosas. En el *Facundo*, Sarmiento traza una “historia” del poblamiento del territorio argentino, y en acuerdo con lo que Alberdi expresaba sobre la población local, decía:

“La raza negra, casi extinta ya -excepto en Buenos Aires-, ha dejado sus zambos y mulatos, habitantes de las ciudades, eslabón que liga al hombre civilizado con el palurdo, raza inclinada a la civilización, dotada de talento y de los más bellos instintos del progreso... Mucho debe haber contribuido a producir este resultado desgraciado la incorporación de indígenas que hizo la colonización. Las razas americanas viven en la ociosidad, y se muestran incapaces, aun por medio de la compulsión, para dedicarse a un trabajo duro y seguido. Esto sugirió la idea de introducir negros en América, que tan fatales resultados ha producido” (Sarmiento, 1985: 28).

Así, para Sarmiento la raza negra por lo menos tendría inclinación a la civilización, al contrario de las comunidades indígenas que no podían ubicarse en la línea del progreso. Por otro lado, comienzan aquí a presentarse los temas de la “desaparición” afroargentina y de la oposición entre éstos y los indígenas “ociosos”. Más adelante, Sarmiento describía a los negros seguidores de Rosas de la siguiente manera:

“Existe en Buenos Aires una multitud de negros, de los millares quitados por los corsarios durante la guerra del Brasil. Forman asociaciones según los pueblos africanos a que pertenecen, tienen reuniones públicas, caja municipal, y un fuerte espíritu de cuerpo que los sostiene en medio de los blancos. Los africanos son conocidos por todos los viajeros como una raza guerrera, llena de imaginación y de fuego, y aunque feroces cuando están excitados, dóciles, fieles y adictos al amo o al que los ocupa” (Sarmiento, 1985: 217).

Esos africanos capturados a los brasileiros, introducidos al país gracias a la permisividad de Rosas (extendiendo la trata aunque ésta se había abolido en 1813) y que eran obligados a alistarse en el ejército como libertos, por un período mínimo de 4 años (Crespi, 1994), eran descritos por Sarmiento básicamente como no-argentinos, haciendo especial hincapié en la idea de su introducción posterior a la independencia, y como seres manipulables aunque plausibles de ordenarse. Sobre ellos agregaba,

“... soldados de otro idioma... Felizmente las continuas guerras han exterminado ya la parte masculina de esta población [negra], que encontraba su patria y su manera de gobernar en el amo a quien servía” (Sarmiento, 1985: 218).

El “felizmente” de Sarmiento es una de las palabras más reiteradas a la hora de buscar las bases de sus posturas racistas. Nosotros no queremos sugerir que no las tuviera, sino que existía un matiz entre la desaparición feliz de los negros-extranjeros-rosistas (de hecho no tenían patria, su patria era Rosas) y los otros negros, los argentinos, que a la postre eran guerreros de la independencia y de las guerras sucesivas, y que también estarían desaparecidos. Esta oposición se puede ver cuando Sarmiento se refiere al coronel negro Barcala:

“Paz traía consigo un intérprete para entenderse con las masas cordobesas de la ciudad: Barcala, el coronel negro que tan gloriosamente se había ilustrado en el Brasil, y que se paseaba del brazo con los jefes del ejército. Barcala, el liberto consagrado durante tantos años a mostrar a los artesanos el buen camino, y hacerles amar una revolución que no distinguía ni color ni clase para condecorar el mérito; Barcala fue el encargado de popularizar el cambio de ideas y miras obrado en la ciudad, y lo consiguió más allá de lo que se creía deber esperarse. Los cívicos de Córdoba pertenecen desde entonces a la *ciudad*, al orden civil, a la civilización” (Sarmiento, 1985: 143).

Era negro y era coronel quien había “civilizado” a las masas de la ciudad, y esto en un libro que traza la diferencia entre lo civilizado y lo bárbaro no es poco. Efectivamente, este liberto había nacido en territorio posteriormente argentino y era militar desde 1815, organizando el Batallón de Pardos y Morenos para el cruce de los Andes bajo el mando de San Martín (Estrada, 1979). Relatando cómo Barcala se había salvado de la ejecución tras ser apresado por Facundo, Sarmiento explicaba:

“El coronel Barcala, el ilustre negro, fue el único jefe exceptuado de esta carnicería, porque Barcala era el amo de Córdoba y de Mendoza, en donde los *cívicos* lo idolatraban. Era un instrumento que podía conservarse para lo futuro. ¿Quién sabe lo que más tarde podrá suceder?” (Sarmiento, 1985: 177).

Nuevamente aparece la idea de la instrumentación de los afroargentinos, en este caso por parte de Quiroga, que se sugiere como paralela a la que hacía Rosas con sus masas populares. Sin embargo, este hecho no parecía restar méritos a Barcala ante los ojos del autor.

En 1883, sobre el final de su vida, Sarmiento publicaba el primer tomo de *Conflicto y armonía de las razas en América*. Los cuarenta años pasados entre ambas publicaciones muestran cambios relevantes, resultado de los sucesos acontecidos entre una y otra obra en el país y en el mundo³, pero también continuidades importantes en el pensamiento del autor. En este libro, Sarmiento identificaba a los pueblos indígenas con hombres prehistóricos, interrumpidos en su evolución al desarrollo intelectual, cuya cúspide evidente eran los pueblos de Europa. Sarmiento reconocía tres razas indígenas en el territorio argentino, representadas por la “Quichua”, la “Guaraní” y la “Arauco-Pampeana”, descritas en rasgos generales como sometidas, viciosas, perezosas e ignorantes, aunque las Arauco-pampeanas –resistentes hasta 1879 y organizadas en efectivos malones contra el avance blanco– eran vistas como bárbaras pero compuestas de “fabulosos guerreros”. En relación con la mezcla, citaba Sarmiento al “sabio Agassiz” y sus estudios sobre Brasil:

“El híbrido entre blanco e indio, continúa Agassiz, llamado mameluco en el Brasil, es pálido, afeminado, débil, perezoso y terco, pareciendo como si la influencia india se hubiera desenvuelto hasta borrar los más prominentes rasgos caracterizados del blanco... Es muy notable que en sus combinaciones, ya sea con los negros o con los blancos, el indio imprime su marca más profundamente sobre su progenie que las otras razas... He visto progenie de una híbrida entre indio y blanco, que resume casi completamente los caracteres del indio puro” (Sarmiento, 1915: 116).

Queda claramente expresada en el escrito de Sarmiento la imagen del indígena que sostiene, que ha permanecido casi invariable desde su *Facundo* y ligada a la incivilidad, ociosidad, salvajismo y barbarie. Ya en la edición

3. La Argentina era ya efectivamente una república unificada, sin guerras civiles, con una Buenos Aires federalizada y escribía su historia cada vez con más ahínco nacionalista en un contexto mundial que reforzaba las concepciones de evolución y progreso ligadas a las supuestas diferencias razas-culturas.

póstuma de la segunda parte inconclusa de *Conflicto*... Augusto Belín Sarmiento –editor de esa edición- expresaba un “pensamiento cardinal” del autor, que resumiría sus conclusiones:

“Todos los hechos acumulados vienen demostrando la incapacidad immanente de las razas indígenas para realizar una especie de gobierno... como el representativo... y a la vez, el vicio original que desvirtúa nuestras instituciones” (Sarmiento, 1915: 439).

La consideración que hace Sarmiento de las poblaciones indígenas como las culpables del atraso nacional contrasta con el apartado dedicado a la raza negra, que ocupa sólo cuatro páginas y media de un libro de cuatrocientas cincuenta. Esto refuerza la idea de que la población afroargentina no presentaba un serio “conflicto de razas” para el autor, que consideraba que la raza –pura- estaba desapareciendo, cumpliendo así:

“... la naturaleza misma, la acción secreta y latente de las afinidades y de las repulsiones... obrando en silencio... De Buenos Aires, en veinte años más, será preciso ir al Brasil para verlos en toda la pureza de su raza” (Sarmiento, 1915: 118).

Tal como había dicho casi cuarenta años antes, Sarmiento seguía insistiendo en este capítulo en que la raza negra aún estaría en vías de desaparición, por lo menos en su forma “pura”, aunque ya no separaba argentinos de extranjeros. Nada dice el autor sobre la mezcla, que queda presupuesta pero no evaluada. Si bien Sarmiento vuelve a recalcar el apoyo de negros y mulatos al régimen de Rosas, describe sus asociaciones y desfiles como ordenados y vivos y destaca a coroneles como Sosa y Morales o a representantes y legisladores afroargentinos, y explica que esta raza siempre habría tenido “vínculos de simpatía” con la raza blanca, algo que estaría ligado a una “bondadosa esclavitud”.

Como en el caso de Alberdi, se repite el tema del negro militar defensor de la patria. Sarmiento describe la acción de los negros y mulatos en las guerras demoníacas como heroica, a diferencia de los indios que “... estaban más de parte de los conquistadores, o eran indiferentes” (Sarmiento, 1915: 120). Así,

“[e]l negro aunque esclavo, era el amigo del joven criollo su amo, con quien acaso se había criado en la familia, y de cuyos juegos y gustos había participado. Es fiel y entusiasta de raza, y sirviendo voluntariamente como asistente acompañaría a la guerra al «amo»” (Sarmiento, 1915: 120).

Lo que Sarmiento cuenta como una “triste página” de la historia debido a la esclavitud queda rematada con una predicción sobre el futuro renacer de la raza africana, que redimirá su pasado injusto y producirá:

“... sin duda la más soberbia manifestación de la vida humana. Los negros realizarán, en su forma más elevada, la verdadera vida cristiana merced a su dulzura, a la humilde docilidad de su corazón, a su aptitud para confiarse a un espíritu superior, ya esperar del poder de lo alto, a la infantil simplicidad de su afección ya su olvido de las injurias recibidas” (Sarmiento, 1915: 123).

Esta redención de la raza negra sitúa a sus exponentes en África. Creemos que para el autor, en Argentina ya se habrían exculpado –fieles, dieron sus vidas por la patria- aunque estarían semi-desaparecidos/desapareciendo.

Una frase que llama mucho la atención del texto se refiere a los grupos de militares negros veteranos de las diferentes guerras del primer tercio del siglo XIX, donde Sarmiento los describe como "... valientes veteranos con la cara negra y la cabeza blanca" (1915: 120). Es muy interesante que el autor no haya elegido, por ejemplo, la palabra "canosa", o "cana" para referirse al pelo emblanquecido de los militares, sino que haya expresado esta oposición que sugiere la conversión a la blanquitud de estos héroes de guerra.

La distinción sarmientina entre los "negros" o "africanos puros" en general, y aquellos negros y mulatos que combatieron en las guerras de independencia y posteriores, también sustentada por Alberdi, es uno de los puntos que nos parecen más importantes a la hora de trazar la valoración de los afroargentinos por parte de los "prohombres" de la nación, a diferencia de lo que ocurría a la hora de hablar de los pueblos indígenas. Bien "dirigidos", negros y mulatos parecían permeables a la civilización. De esta manera, si está claro que Sarmiento consideraba tanto a indios como a negros razas inferiores por evolucionar, al final de su vida y tal vez debido -como indica Garrels (1997)- a una corriente de pensamiento común entre los eurocentristas del siglo XIX, valoraba más positivamente a los africanos y sus descendientes, dándoles la posibilidad de redimirse después de haber pasado por las milicias, constituyéndose en verdaderos argentinos, aunque desaparecidos o en vías de estarlo.

Así, tanto Alberdi como Sarmiento exponen dos ideas que consideramos claves para comenzar a entender la "desaparición afroargentina": su redención en las milicias luchando/muriendo/desapareciendo por la patria y la diferencia entre negros/mulatos y población indígena, especialmente dada porque los primeros eran trabajadores y plausibles de ser manipulados "hacia la civilización" (aunque también hacia el salvajismo como en la época de Rosas o Facundo) y porque luchaban y morían por el territorio en disputa al estado por los segundos.

3. Militares y patriotas. Mitre y López

Dice Ricardo Rojas en la "Noticia Preliminar" de la edición de las *Comprobaciones Históricas* de Mitre: "De todas nuestras polémicas literarias, dos han dejado más duradera memoria en nuestras esferas intelectuales: la de Sarmiento con Alberdi, sobre política de organización nacional (1852-1853), y la de Mitre con don Vicente Fidel López, sobre historia de la emancipación americana (1881-1882)", (1916: IX). A pesar de sus puntos de desencuentro, veremos que los cuatro autores parecían estar de acuerdo en algo. Si negros y mulatos argentinos eran considerados partícipes del proceso independentista entre Alberdi y Sarmiento, y por lo tanto, dignos de cierto reconocimiento, sucedía lo mismo con Bartolomé Mitre y Vicente Fidel López, considerados los "padres" de la historia argentina. Especialmente importante es la narración de la historia de Mitre, considerada como de carácter fundacional para la historiografía argentina, cuyos relatos fueron retomados -incluso hasta la actualidad- en sus formas políticas y educativas, donde se incorporaron

como marcos que todavía ordenan y proponen una memoria patria oficial y su historia nacional. En este sentido, la formulación de estos grandes relatos ejemplares donde se rescatan las figuras heroicas guían siempre, en alguna medida, la actividad interpretativa individual y colectiva, y proveen de normas generales que orientan la acción (Narvaja de Arnoux, 2006), por lo que se hace indispensable buscar en ellos el origen de nuestras concepciones presentes; en este caso, la percepción (o no percepción) y la valoración sobre negros y mulatos que impera en la Argentina.

Tanto Mitre como López escribieron varios volúmenes de sendas historias nacionales, y en ambas hubo espacio por separado para negros y mulatos. En general, y como en las obras citadas en el apartado anterior, tanto en los trabajos de López como en los de Mitre los negros y mulatos que sostuvieron a Rosas eran considerados deleznable, pero los que habían luchado por la patria eran considerados verdaderos héroes argentinos. Ese luchar por la patria significaba primero, haber luchado contra los ingleses y españoles, luego en las sucesivas guerras civiles, y finalmente contra los pueblos indígenas.

En la *Historia de la República Argentina* publicada por López en 1883 (que recoge publicaciones anteriores en periódicos y revistas) el autor traza una larga descripción del pueblo criollo anterior a la Revolución de Mayo de 1810, en su afán por sentar históricamente las bases genéticas de la bravura y honor del pueblo argentino, especialmente del que había defendido a Buenos Aires en 1806 y 1807 ante las Invasiones Inglesas. Decía que eran mayormente de tez blanca y sangre europea, aunque existía una clase no propietaria denominada la clase de los “negros africanos” (López, 1883: 577). Esos *negros africanos*, a diferencia de lo que sucedía en otras regiones con régimen de esclavitud, eran descritos como empleados en el servicio doméstico, serviles a sus amos –que López aclara y resalta que también podían ser amos negros- y que gozaban de cierto margen de libertad con el que luego podían comprar su libertad. Así, los negros eran:

“... considerados semi-ciudadanos; como miembros de la familia; que, a la par de ella, amaban la patria común y las autoridades que la gobernaban con tanta benevolencia... [Los que no se liberaban] quedaban... con todas las ideas de los criollos de raza blanca en cuyo roce y buena relación se criaban y se educaban... [L]a mezcla de sangre africana... se [perdonaba] por su hermosura; y aunque de cuando en cuando la maledicencia se los decía por la espalda, ellos habían adquirido y sabían conservar la posición que habían conquistado. Si los mulatos argentinos eran mentados por su vivacidad... tenían un temple civil y belicoso que los ponía muy arriba como hombres de iniciativa y de acción. Eran locuaces, inteligentes, fieles imitadores de la juventud acomodada a la que seguían y amaban no sólo como su modelo, sino como antagonistas del influjo y de la soberbia de los europeos... Verdad es que los mulatos eran también los ocultadores, los agentes... de todos los negocios interiores de las casas... [pero] reunían... talentos para las artes..., con una bravura llena de empuje y de lucidez que los sucesos políticos y las guerras posteriores vinieron a dejar justificada de una manera brillante en nuestra historia militar” (López, 1883: 580).

Nótese en los textos citados la “evolución histórica” que establece López entre los “negros africanos” primero, que pasa luego a mencionar como “mulatos argentinos”, ambos con valores positivos pero priorizando en la

mezcla la argentinidad, más cercana a la civilización europea y que fue parte de la brillante historia militar. Por otro lado, esa esclavitud que había servido para introducir en la familia a los esclavos los parece haber introducido también en la categoría de la familia nacional.

A diferencia de otros autores, López también rescata en su *Historia...* la mezcla de indígenas con blancos o con negros y mulatos. Pero no de cualquier pueblo indígena. Sólo los guaraníes venidos del Paraguay y mezclados eran considerados “chinos”, criollos:

“... serios y reservados; y aunque habitualmente contenidos, eran irascibles y violentos cuando se sentían ofendidos o agredidos... Bravos, fieles y disciplinados, respetaban las autoridades públicas: y tenían en suma casi todas las cualidades morales con que se había distinguido la raza guaraní. Su figura, esbelta y viril era completamente distinta de la talla corta, ancha y fornida como la de los romanos, que caracterizaba a los indígenas peruanos y sobre todo a los quichuas” (López, 1883: 582).

López remataba esta descripción expresando que:

“...nuestra población [era un] conjunto que a pesar de su origen complejo, formaba ya en 1800, una masa moralmente uniforme, una verdadera nacionalidad con espíritu propio, que se denominaba a sí misma *hijos del país o criollos*” (López, 1883: 583)⁴;

y más adelante concluía:

“Todos se confundían en este conjunto de buenas calidades como se confundían en la denominación de *Hijos del país* que ellos mismos se habían dado. El criollo decente, el del común, el mulatillo, el *chino* y el *negrillo* formaban una entidad moral coherente” (López, 1883: 593)⁵.

Unos años más tarde, en el *Manual de la Historia Argentina* de López, publicado en 1896, se repite casi exactamente la descripción realizada en el *Facundo* de los seguidores de Rosas. Así, en una nota a pie de página, el autor definía a la “negrada”, enfatizando el carácter de “desaparecida” primero, y de “importada” después. Las capturas de los corsarios de los esclavos introducidos como libertos durante la guerra con el Brasil eran el origen de esta “chusma” que ejecutaba bailes “grotescos” a los que Rosas y su familia asistían. Pero tal y como sucedía con el coronel Barcala en el *Facundo* de Sarmiento, López describe al teniente Gigena más adelante en su libro, de la siguiente manera: “Gigena era un mulatillo sumamente interesante y buen mozo: de facciones y miembros pulidos, ágil y vivo, que había servido con crédito de valiente en la infantería del general Paz” (1896: 571). Nuevamente, tenemos un mulato militar argentino descrito con valores positivos, frente a los extranjeros seguidores de Rosas.

Por su parte, Mitre (quien es considerado definitivamente como el fundador de la corriente científicista de la Historia Argentina), refiriéndose a las Invasiones Inglesas escribía en las *Comprobaciones Históricas* de 1882 –en

4. La cursiva en el original.

5. La cursiva en el original.

respuesta a López, y también recolección de material publicado en periódicos y revistas- que ellas “...marcan la aparición de un pueblo, de una raza con carácter propio, que adquiere por la primera vez la conciencia de su ser y se siente capaz de conservarse y de gobernarse a sí mismo” (Mitre, 1916: 100). Esta idea fundacional de la historia argentina, continúa desarrollándose en todo el tomo, pero sin mención alguna a cuál era la base de esta población nueva, esta “nueva raza” que desarrollaba su nacionalidad. La única mención a negros y pardos con relación a las Invasiones Inglesas se produce cuando se ordena a 25 negros y pardos iluminar la ciudad para prevenir ataques sorpresa. Un gran silencio que será característico de la mudez afroargentina en la historia nacional que, sin embargo, quedará parcialmente salvada en el hincapié que hace el autor sobre la figura del soldado negro de la independencia, Falucho (sobrenombre del soldado Antonio Ruiz), en otro de sus escritos. Falucho habría sido muerto en acto heroico en El Callao en 1825, ante un levantamiento de apoyo al ejército realista. La historia del encumbramiento de este héroe merece un espacio aparte.

3.1. Falucho, el héroe anónimo (y negro)

El relato que Mitre escribió sobre Falucho en 1857 ha sido trabajado por diversos investigadores, entre los cuales Ochoa (1970) ha establecido que el Falucho de Mitre no existió realmente y que se trata de una mitificación histórica⁶. Más allá de la intencionalidad cientificista que queda explicitada a lo largo del relato (Mitre cita diálogos pero aclara en cada uno de ellos que son relatados por personajes que han vivido los acontecimientos) y del oportunismo político de un héroe que grita “Viva Buenos Aires!” en 1857 (cuando esta provincia se hallaba escindida de la Confederación), el autor explicitaba que se narraba el episodio de Falucho para traer a la palestra a los héroes anónimos, los héroes desconocidos y mártires de la historia militar argentina. En la edición de 1906 de las *Páginas de Historia*, en donde se incluyó el relato de la proeza de Falucho, el prologuista Roberto J. Payró rescataba la intencionalidad de Mitre de relatar a los grandes generales como San Martín o Belgrano junto a sus soldados rasos. Un relato que, como en el caso de Falucho:

“...sirvió para dramatizarlo y para levantar una estatua en Buenos Aires al negro heroico, como han de servir todas las demás monografías de este volumen para informar a los futuros historiadores en primer término, y en segundo, para que en tan hermosos y nobles temas se ensayen la fantasía y la pluma de los jóvenes escritores anhelosos de reconstruir el pasado” (Payró, 2000: 12).

Según el mismo Mitre, la historia de Falucho era una de las “... más bellas páginas de nuestra historia militar, que podría figurar sin mengua en un libro de los héroes de Plutarco” (2000: 19) pero advertía:

6. De hecho, “Falucho” era un sobrenombre que se aplicaba a los soldados negros o mulattos (Ochoa, 1970).

"Publicada por primera vez en 1857, nuestra narración hizo populares los nombres de Falucho, de Milán y Prudán, y desde el humilde folletín de un diario, subieron hasta la escena dramática. Después, el silencio se hizo en torno de ellos... La prensa popular, que se encargó antes de la reparación y del premio, se encarga de hacerles revivir, agregando hoy nuevas noticias a su respecto, mientras llega el tiempo en que del *Diario* pasen al *Libro*" (Mitre, 2000: 19)⁷.

El mismo Mitre que se esforzaba por escribir una historia científica basada en hechos comprobables que relatara los sucesos políticos encabezados por los prohombres de la patria, reclamaba la inserción de héroes rasos en esa historia, en este caso, de un héroe negro, un héroe paradigmático del "pueblo anónimo" sobre los que su propia construcción histórica de recuento de hechos políticos haría silencio. Es curioso, como arguye Ochoa (1970), que habiendo tantos héroes afrodescendientes en las narraciones militares argentinas, Mitre debiera buscar en su imaginación el relato que le pareciera más digno de resaltar para la posteridad. Sin embargo, nos parece muy significativo este homenaje al negro militar. Nuevamente, lo negro, si argentino y militar, denotaba valores positivos en el discurso. Por el contrario, cuando Mitre analizaba el arte dramático precolombino, comparaba las danzas indígenas con las africanas y decía: "Los negros africanos, que ocupan un nivel intelectual y moral más bajo que el de los americanos del tiempo de la Conquista, nos enseñan que en este sentido el progreso coreográfico es un síntoma de barbarie" (2000: 222). De este modo, negros africanos eran equiparados a las poblaciones indígenas precolombinas, trazando una diferencia implícita con los negros argentinos y los indígenas "civilizados".

Lejos de quedar en el olvido, el relato de Falucho tuvo gran repercusión en la Argentina de finales del siglo XIX y principios del XX. Bertoní (2001) indica que en esa época hacía falta un héroe que representara al soldado común. Así, la autora entiende que Falucho fue un nuevo héroe ungido con el fin de homenajear y glorificar al soldado raso y a su lealtad a la bandera patria. De hecho, después de distintas voces a favor y en contra, fue acordado levantar un monumento en honor del héroe negro en 1890, como se puede leer en el periódico *La Patria* del 17 de enero. Allí quedaron reflejadas las palabras que dijera Delcasse tras su nombramiento como vocal honorario de la comisión encargada:

"Cuando [las generaciones futuras] saluden las estatuas en cuya base se lean los nombres de jefes ilustres, podrían creer que sólo es dable a los privilegiados de la fortuna conseguir la inmortalidad y que el modelo no puede servir más que a algunos elegidos. Enseñémosles al contrario, que cualquiera que sea el rango, cualquiera que sea la raza, el mérito es igual; que el heroísmo tiene siempre derecho a los mismos homenajes y la seguridad de obtenerlos".

Nuevamente el tema de soldado raso ejemplificado en este soldado negro, del héroe anónimo, del pueblo argentino. Cuatro años más tarde, la Cámara de diputados aprobaba por unanimidad el proyecto de ley que indicaba la entrega de 10.000 pesos para la confección de la estatua, momento

7. La cursiva en el original.

en el que el diputado por la provincia de Entre Ríos, Francisco Quesada, pronunció un discurso enfervorizado que incluía el siguiente pasaje:

“Honremos en Falucho, señor, aquella raza de valientes negros que, con nuestro gran capitán á la cabeza, trepó las cordilleras más altas del mundo... ¡Esa misma raza fue la que, desde las calles de Buenos Aires, en los años 6 y 7, en San Lorenzo, en Chacabuco, en Maipú y en cien combates más, probaron al mundo entero lo que vale la pujanza del brazo argentino, y el valor jamás desmentido de los bravos hijos de esta tierra! Estimulemos con la estatua de Falucho, señor presidente, á nuestros soldados rasos, esa carne de cañón cuyos pechos forman baluarte inexpugnable tras del cual se levanta erguida la honra y la gloria de la nación! Probémosles, señor presidente, que los argentinos no reservamos el bronce de la inmortalidad sólo para los que llevan entorchados...”⁸.

Hay que recalcar aquí la utilización de la frase “carne de cañón” para referirse tanto a los negros como a los soldados rasos en general, algo que más tarde quedará mitificado como una de las causas de la desaparición afroargentina y también la denominación de los negros militares como “hijos de la tierra”, pujantes “brazos argentinos”.

En 1897 aún no se había logrado concluir el monumento por falta de fondos —aunque ya se habían conseguido 18.000 pesos— pero se sabía en qué lugar se colocaría y la forma final que tendría. Así lo informaba el periódico *La Nación* del 6 de enero. La única gobernación de provincia que había contribuido para el monumento había sido la de Santiago del Estero, la suscripción popular no había sido abundante y aún se esperaba la votación de la legislatura bonaerense para la dotación de los 3000 pesos faltantes para terminar la obra, cuya inauguración estaba prevista para el 7 de febrero. El impulsor de esta acción se dice que era el Sr. Blanco de Aguirre, aunque no se dan detalles de su figura. Blanco de Aguirre pertenecía a la sociedad afroporteña y era, además, un reconocido pintor y retratista de la época, que había disfrutado de una beca de estudios en Italia concedida por el ministro Avellaneda y ratificada por Sarmiento (Estrada, 1970).

Paulatinamente, el tema de la escultura de Falucho fue ganando importancia, aumentando la atención pública que recibió por el hecho de quién la confeccionó —Correa Morales, considerado el primer escultor argentino— y porque fue, además, la primera obra de bronce fundido hecha en la ciudad. Entre la comisión honoraria del monumento se podían leer a nombres prominentes, empezando por el mismo Mitre y el presidente Roca, entre otros. Finalmente, ese año quedaría inaugurada la estatua en la Plaza San Martín y unos años más tarde se intentaba trasladarla al barrio de Villa Crespo, ante la indignación de un grupo de estudiantes del Colegio Nacional de Buenos Aires. Este hecho quedaba reflejado en *La Prensa* del 10 de agosto de 1910, en donde se describía una manifestación organizada por los alumnos hasta la “estatua del prócer” para pedir al intendente de la ciudad que suspendiera el traslado. Desde la municipalidad se envió a un encargado de mostrarles a los

8. Diario de Sesiones de la *Cámara de Diputados* de 1894. Sesiones Ordinarias. Tomo 1. Buenos Aires, Imprenta del Congreso, pp. 707-708.

jóvenes que la nueva ubicación era idónea para el héroe, ya que en la antigua se trazarían nuevas avenidas. No termina allí la historia de este monumento, ya que encontró recién su sitio definitivo en mayo de 1923, en la ubicación que ocupa hoy en día en el centro de una plazoleta que lleva su nombre. En 1927, Taullard expresaba en su libro *Nuestro Antiguo Buenos Aires*: “Somos verdaderamente un pueblo muy afecto a los cambios y mudanzas: ni a los monumentos los dejamos tranquilos mucho tiempo en el mismo sitio. ¡Dígalos sino el de Falucho!” (1927: 53). Evidentemente, el traslado de la estatua de Falucho había dejado una huella en la memoria de la ciudad.

Más allá del monumento en sí, es de destacar que Mitre eligiera narrar a un héroe negro como ejemplo del soldado raso, del héroe anónimo que muere por la patria. Por un lado, entendemos que esto es un reconocimiento real a quienes formaban parte —obligadamente o no— de los ejércitos y morían en los campos de batalla. La valentía y bravura de los soldados negros era famosa y relatada en diversos ámbitos. Mitre, sin embargo, optó por resaltar a quienes eran considerados como parte de una raza bárbara mostrando su posible reconversión mediante su disciplinamiento en la jerarquía y orden militar⁹, perdiendo así su “africanidad” a medida que se ganaba “argentinidad” (una argentinidad que ya tenían ganada, según López, desde las Invasiones Inglesas). Debemos destacar que Mitre escribía su historia nacional al tiempo que detentaba o buscaba el máximo poder político, ya sea de Buenos Aires o del país. Sus bases militares estaban compuestas de afroargentinos fieles a quien consideraban su jefe, que además constituían una fuerza electoral importante a la hora de presentarse a las urnas (Geler, 2007). También Sarmiento había de verse con esa masa electoral, ya que sabemos que una parte de ella lo había apoyado en su elección como presidente en 1868 (Geler, 2007) y suponemos que en general todos los hombres pertenecientes a la élite porteña que estamos mencionando contaban, de una u otra manera, con una población que creían fácil de movilizar y que además cumplía legalmente con los requisitos de una ciudadanía plena. La estrecha relación de Mitre con la sociedad afroporteña quedaba retratada en las numerosas distinciones que recibiera de asociaciones afroargentinas, como la de socio honorario de la Sociedad Coral y Musical La Africana en 1877, miembro honorario de la sociedad Hijos de África en 1878, y presidente honorario de la Sociedad Candombera Negros y Negras Bonitas (Gallardo, 2003)¹⁰.

9. Narvaja de Arnoux (2006) muestra a través de otros textos de Mitre cómo el “batallón” conformaba para el autor un entorno de ordenamiento del pueblo, que de ese modo pasaría a ser plausible de manipulación o dirección.

10. Gallardo también dice que Mitre fue vicepresidente honorario del Institut d'Afrique de París en 1856 y presidente honorario en 1864. Vemos una diferencia entre ser miembro de organizaciones directamente afrodescendientes y argentinas, y ser miembro de una institución ubicada en Europa y fundada por los colonizadores de África, lo que profundiza la idea de una diferente percepción entre afroargentinos y africanos para Mitre.

La idea del héroe anónimo/negro (Falucho), tal vez a instancias del propio Mitre, fue glorificada y monumentalizada, defendida por distintos sectores de la élite porteña. Pero este héroe fue enaltecido por su muerte, y eso nos parece significativo. En el momento en que se comenzaba a hablar de inmigración europea y de desaparición de la población afroargentina, Mitre deja estampado el retrato de quien fuera un argentino ejemplar, parte del pueblo anónimo, que había caído por servir a la patria.

4. Los “buenos milicos”. Croquis y retratos

Juan Moreira, Santos Vega, Juan Cuello, Hormiga Negra y El tigre de Quequén fueron las primeras obras de literatura gauchesca éxito de público lector y de ventas que conmocionaron el panorama literario y cultural de la Argentina de la década del 80, al alcanzar a las masas populares conformando un nuevo campo de lectura (Prieto, 2006). Su autor, Eduardo Gutiérrez, escribió también una serie de relatos cortos sobre la vida militar publicados originalmente en el periódico *La Crónica*, dirigido por su hermano y donde él era secretario de redacción (Morales Gorleri, 2005)¹¹. Recopilados posteriormente, aparecieron en forma de libro con el título de *Croquis y siluetas militares*. Estos relatos cortos rescataban las vivencias de Gutiérrez, recuerdos de su paso por diversas campañas militares, como la Guerra del Paraguay (1869) y la Campaña al Desierto (1879). En estas breves narraciones, una y otra vez se nos aparecen los (y las) militares negros, e incluso sus cónyuges. Las valoraciones de Gutiérrez de estos militares eran siempre positivas. En algún caso alude a la ferocidad o incluso a la fealdad de algún soldado negro particular, pero siempre resaltando en otros su hermosura, por ejemplo, utilizando la palabra “ébano” para describir su color de piel, una palabra que remite directamente a una madera africana muy buscada, preciosa y maciza. La bravura, la valentía, la lealtad, el patriotismo pero también los valores del amor familiar (ya sea filial o conyugal) juegan en las descripciones que Gutiérrez hace de los negros y las negras soldados, en contraposición con los de los indios, que -como veremos- ni aunque fueran “amigos” eran declarados de confianza.

Haremos un breve recuento de cómo Gutiérrez describía a los soldados negros y mulatos en *Croquis...*, que a veces eran menciones al pasar -como el sargento Rivera, “un Hércules de ébano más bravo que las armas” (Gutiérrez, 2005: 85) y la “negra Juana”- pero que muchas otras centraban el relato.

El personaje de una militar negra, la sargento Carmen Ledesma parece

11. Muchos de los libros mencionados también fueron publicados originalmente en distintos periódicos, reforzando la idea de la importancia y alcance de este medio de comunicación en llegar a las masas lectoras (Prieto, 2006).

haber sido fundamental para Gutiérrez. También llamada “Mama Carmen” o simplemente la “negra Carmen”, ya en la primera narración surge como protagonista, y volverá a protagonizar varios de los episodios que le siguen. En ese capítulo, Mama Carmen se mostraba haciendo valer su apodo de “madre”, cocinando de la nada unas tortas fritas que salvaban a la tropa del hambre febril en que estaba sumida, utilizando harina que había escondido en su seno durante varias jornadas.

En el segundo relato, Gutiérrez describe a un soldado, el cabo Ledesma, como un “valiente negro” (2005: 16) y más adelante como “el gigante de ébano” (2005: 79). El cabo Ledesma era el hijo de la sargento Ledesma, relación que quedará tristemente retratada en la narración de la muerte del soldado. El autor nos cuenta que el cabo era el último hijo de la sargento, ya que sus otros quince habían “...muerto todos en las filas del regimiento” (2005: 79) y en el capítulo “Amor de Leona” Gutiérrez retrata cómo Carmen Ledesma mata a cuchillazos al indio que había dado muerte a su hijo. Así, decía que:

“...el *salvaje* se había abrazado de la negra y había soltado lanza y bolas, para buscar en la cintura el cuchillo, arma más positiva para el momento apurado de la lucha cuerpo a cuerpo... [Una vez muerto el indio], la pobre negra miró a su hijo con un amor infinito... y lo acomodó sobre el caballo, ayudada por dos soldados. En seguida, y siempre en su terrible silencio, se acercó al indio que ella había muerto y con tranquilidad aparente le cortó la cabeza, que ató a la cola del caballo donde estaba atravesado su hijo. E incorporándose al piquete, regresó al campamento con su triste carga y su sangriento trofeo” (Gutiérrez, 2005: 81)¹².

No hay otro episodio en los *Croquis* que detalle esta violencia. Por el contrario, en el relato queda ensalzada la valentía y el honor de la sargento Ledesma, que pasará las noches sucesivas haciendo guardia de honor en la tumba de su hijo. La acción que describe el autor conmueve tanto por la admiración que parece despertar en él como por la violencia que describe. Sin embargo, Gutiérrez ofrecerá en otro capítulo un relato que opone la actitud de la Sargento Ledesma con la de Mama Carmen. Así, en “Un regimiento espartano” se la muestra en una actitud muy distinta: es que durante la revolución de 1874 esta mujer se había quedado al mando del fortín de frontera al acudir los soldados al llamado de la lucha, nombrándola Jefe de la Frontera mientras las tropas se ausentaban, quedando allí con los enfermos y las consortes de “los buenos milicos” solamente. Cuenta Gutiérrez que “[e]l abandono era peligroso, porque el campamento quedaba situado entre las tribus amigas, que no por ser amigos dejaban de ser indios: Manuel Grande, Coliqueo y Tripailaf” (2005: 18). Al producirse el previsible ataque, la sargento Ledesma movilizó a las mujeres, como a “la mujer del sargento Romero, una negra buena moza, más grande que un rancho” (2005: 18), coordinando una defensa por sorpresa que hizo huir a los atacantes del fortín. Pero Mama Carmen había apresado a tres de ellos. Dice Gutiérrez que “los ató mama

12. La cursiva es nuestra.

Carmen y los trajo al mangrullo, diciéndoles: -No tengan cuidado, hijitos: aquí quedarán hasta que vuelva el coronel” (2005: 21). Podemos reconocer un comportamiento completamente distinto aquí de Carmen Ledesma para con aquellos “salvajes” que le habían matado a su hijo, en este caso, profundizando en la figura maternal de la negra.

Es interesante destacar el título del capítulo “Los héroes ignorados”, donde se describe a “un soldado cuya temeridad lo hacía aparecer más valiente que ninguno” (2005: 23). Se trataba del “negro Leopoldo Montenegro... el soldado más alegre del [Regimiento] 6... [E]n el campamento raro era el día que pasaba sin alguna aventura traviesa o un hecho heroico llevado a cabo por Montenegro” (2005: 23). Sin duda, el título de este capítulo nos retrotrae nuevamente la relación héroe anónimo/negro, Montenegro/Falucho. Relata Gutiérrez un episodio de la Guerra del Paraguay en que Montenegro había intentado heroicamente robar la bandera enemiga. Curiosamente, el relato concluye con un castigo dado al cabo por gritar durante un ataque sorpresa (un latigazo en la cabeza), por lo que en la batalla,

“[e]l pobre negro, sin duda para olvidar la afrenta del latigazo se había metido entre el enemigo buscando la muerte. En vano se buscó su cadáver al otro día, con el mayor empeño. Montenegro no volvió a aparecer, ni vivo ni muerto” (Gutiérrez, 2005: 26).

La posibilidad sugerida de que Montenegro hubiera desertado del ejército no empañaba de ningún modo el final del relato, ni hizo cambiar el título que Gutiérrez había elegido para el capítulo. En cuanto al latigazo, tan unido simbólicamente a los castigos sufridos por los esclavizados en manos de los capataces y esclavistas, no pareciera tener mayor importancia para Gutiérrez, como si fuera un castigo natural dentro de las milicias ante cualquier tipo de insubordinación, volviendo al tema del disciplinamiento de la plebe dentro del orden militar¹³.

Capítulos aparte merecen para Gutiérrez “El negro Santos” y “El coronel Morales” en el libro. En el primero, el autor nos muestra a un leal soldado de Mitre, cuya sangre “... ha corrido en todos nuestros campos de batalla” (2005: 131). Este soldado de apariencia intimidadora (su cara estaba cubierta

13. Con respecto a los castigos que se aplicaban a la tropa, es muy ilustrativo el pasaje del texto del francés Ebelot, que acompañó como agrimensor a algunos destacamentos durante la Campaña al Desierto en el período 1876-1880 y que publicó algunas de sus vivencias en artículos de periódicos franceses. Así, describía haciendo referencia a las diversas proveniencias de los soldados que constituían la tropa (entre los que se contaban gauchos, criminales, supuestos “vagos”, etc.): “Para tener sujetos y reunidos en un haz elementos tan heterogéneos, la disciplina era en otro tiempo cruel; todavía es brutal... Está prohibido torturar al soldado; pero ha parecido prematuro impedir que se lo golpee: la autoridad militar teme desarmarse demasiado si suelta el garrote. Un oficial puede todavía dar de golpes a sus hombres, pero se lo castiga si los da con otra cosa que no sea el sable de plano. Por una sutil interpretación del código de honor militar, se acepta que nada proveniente de la espada envilece” (1968: 89-91). El tema del disciplinamiento de la plebe en el ámbito militar se muestra aquí con toda su literalidad.

de cicatrices resultado de su historia militar), borracho empedernido, prefería sufrir la falta de alcohol antes que decir, más no fuera en broma, “muera Mitre”. Su lealtad incorruptible no se vio recompensada al final de su vida por sus estancias en la cárcel y una muerte aparentemente absurda.

En cuanto a Morales, el autor hace un giro que nos parece remarcable. Veamos.

4.1. El coronel Morales. El héroe con nombre y apellido (¿negro?)

Gutiérrez nos dice que había:

“[p]ocos hombres tan patriotas y dignos como el coronel José María Morales. Amó su patria sobre todas las cosas, y allí donde se luchó por la libertad y los principios, estuvo siempre a ofrecer el contingente de su sangre generosa, para sostener el imperio de las leyes” (Gutiérrez, 2005: 70).

Describía el autor a Morales como un héroe de las Invasiones Inglesas, mostrando que:

“[l]os negros y mulatos, cuya sangre se ha mezclado a la nuestra en todas las batallas por la libertad, formaron el antiguo batallón de Patricios, donde sirvió el mismo padre de Morales, formando más tarde aquel batallón... al mando del heroico coronel Sosa, en cuyas filas gloriosas hizo su aprendizaje” (Gutiérrez, 2005: 71).

Es interesante remarcar esta idea tan gráfica de la “sangre mezclada” en las batallas, una sangre que riega la tierra y de la que podría nacer algo nuevo, o no... Gutiérrez menciona que Morales participaba en el batallón de negros y mulatos, pero nunca define ni a él, ni a su padre, ni a Sosa, como negros o mulatos. Unas líneas antes, después de recontar el paso de Morales como Senador por la Provincia de Buenos Aires y su negativa a ser ascendido a general, Gutiérrez espetaba: “Éste es el ciudadano José María Morales”. Morales ya podía ser nombrado ciudadano y no negro, apelativo que parece quedar para Gutiérrez dedicado al pueblo llano, a la plebe. Para redondear el relato, Gutiérrez decía: “Si los gobiernos han olvidado sus servicios, ellos están grabados en el corazón del pueblo, que lo ama y lo respeta” (2005: 72). Parece ser que cuando lo negro se destacaba o se diferenciaba del pueblo llano perdía su condición de negritud, y su anonimato.

Si para Gutiérrez no valía la pena resaltar la negritud de Morales, a finales de siglo y en ocasión de su muerte, la negritud no conformaba ya parte alguna de la descripción de este militar. Así, el 25 de octubre de 1894, *La Nación* -el periódico de Mitre- publicaba en primera plana dos extensas notas alusivas a la muerte y funeral de Morales, un viejo y conocido mitrista¹⁴. La primera, describía el cortejo fúnebre como sigue:

14. Gutiérrez también lo era.

“Como lo imponían la simpatía, la gratitud y el respeto por la memoria de un soldado sin tacha, la inhumación de los restos del coronel José María Morales, verificada en la mañana de ayer, ha sido una elocuente demostración de duelo. Después de celebrada una misa de cuerpo presente en la iglesia de la Concepción, el cortejo fúnebre siguió hasta la Recoleta, donde se hallaba formado el batallón 10° de línea mandado por su jefe el teniente coronel Toscano, que hacía los honores de ordenanza. En el pórtico del cementerio recibieron los restos los ministros Quintana, Costa, Terry, general Campos, los tenientes generales Bartolomé Mitre y Nicolás Levalle, los generales Arredondo, Viedma, Arias, Dónovan, coroneles José M^a Fernandez, Pérez, Riveiro, Rodríguez, Guerrico, comandantes Montaña, Rawson, Kleine, Tolosa, Saraví, Nadal, Sáenz, Masson, Dres. José María Gutiérrez, Mariano Varela, Luis V. Varela, Juan E. Torrent, Aristóbulo del Valle, Dardo Rocha, Carlos Urien, Orma, y muchas personas más.// Al bajar el ataúd del coche fúnebre, el batallón 10° hizo una descarga. En el acto de inhumación, el Dr. Mariano Varela improvisó breves palabras para despedir los restos del coronel Morales, haciendo su elogio como desinteresado servidor de la patria, abnegado soldado y virtuoso ciudadano. Enseguida hablaron el Sr. José María Niño, en nombre de los amigos de La Plata del coronel Morales, el Sr. Bonifacio Lastra y el Sr. Stoppani. Enseguida publicamos los discursos que hacen cumplida justicia a los altos méritos que adornaban a tan querido y meritorio jefe del ejército argentino”.

La impresionante demostración de duelo público ante la muerte del coronel Morales deja la sensación de que estamos frente a una personalidad muy reconocida y respetada del ámbito público. La presencia en el funeral de representantes del poder ejecutivo, de altos mandos del ejército y de reconocidas personalidades, entre los que destacaba sin duda Bartolomé Mitre, dan cuenta de la importancia que se le dio a este acto y de la presencia que tuvo en la esfera pública ya no porteña, sino nacional. Quienes pronunciaron discursos tampoco eran personas anónimas. Por el contrario, Mariano Varela era el fundador del periódico *La Tribuna* y partícipe de la esfera pública porteña desde hacía varios años, Bonifacio Lastra había sido ministro durante la gobernación de Avellaneda, diputado nacional entre 1891 y 1894 y veterano de la Guerra del Paraguay y José María Niño era un cercano colaborador de Mitre, corresponsal del periódico *La Nación* y activo participante del círculo intelectual de La Plata. En los tres discursos reproducidos por el periódico destaca la ausencia de mención a la condición de afrodescendiente de Morales y la insistencia en las imágenes de ciudadanía unida con la vida militar y política, así como de la pobreza del coronel. De este modo, Lastra decía:

“El coronel Morales es el tipo noble y levantado del soldado ciudadano: listo siempre para acudir al llamado de la patria á cumplir valientemente su deber en la primera fila; resuelto en todos los momentos, sin vacilación para cumplir los deberes cívicos, sean cuales fueran los sacrificios que hubiera de imponerse”.

Y más adelante:

“Como hombre civil, el coronel Morales tiene prestados muchos y buenos servicios a su país, en la legislatura y en la convención de la provincia de Buenos Aires, en su administración, como en la de la nación; en los comités políticos, como en los comicios, sea en el ejercicio directo de sus derechos cívicos, sea en el cumplimiento de sus deberes de funcionario público... La vida del coronel Morales será siempre un elocuente *ejemplo a enseñar en la democracia argentina*”¹⁵.

15. La cursiva es nuestra.

Con referencia a su pobreza, Lastra describía: “Hombre de labor, con una honradez proverbial, consagró al trabajo rudo las horas libres que su patria le dejara, pues ella fue siempre la primera en sus anhelos”. Por su parte, Niño agregaba que “[d]os generaciones se han formado sabiendo quién era y cuánto había hecho por su país... modelo del jefe de la milicia ciudadana... como legislador... como hombre”. Morales, todo menos un personaje anónimo, fue despedido por último por un amigo, el Sr. Stoppani, un subordinado en la jerarquía militar que le llamaba “jefe” y le agradecía que Morales fuera a socorrerle de la miseria más de una vez: “Era el mendigo compartiendo con su igual el mendrugo de la miseria [con el “pan por él fabricado”]”.

El segundo y largo artículo no está firmado, aunque es muy posible que haya sido escrito por el mismo Mitre. Allí se decía que:

“El coronel Morales no llevaba las insignias de las altas jerarquías militares, ni alcanzaba la talla de los hombres de estado, ni fue un orador ni un publicista de nota, ni un caudillo de las multitudes, ni un hijo mimado de la fortuna... ¿Por qué, entonces, ese silencio acariciado se interrumpe, y un pueblo entero acude a rodear esta modesta tumba?... El acto de reparación y de justicia ha sido tan solemne como completo y levanta a la sociedad que lo realiza tanto como al ciudadano a quien honra. Los altos funcionarios de la administración, los miembros del congreso, del ejército y del foro; los hombres de mayor espectabilidad en los partidos políticos, el pueblo en considerable número, *sin distinción de colores*, se han encontrado ayer reunidos alrededor de ese féretro humilde, ante el cual todos se inclinan con respeto y simpatía”¹⁶.

Aquí vemos que el periodista se distancia del tono utilizado en los discursos pronunciados en el funeral, destacando que –aunque sabemos que este militar había llegado a ser legislador y a tener altos cargos públicos– no detentaba poder de alto rango. Por otro lado, es remarcable la forma en que está construida la frase que refiere a la participación en los funerales de todo tipo de gente, que hace muy ambigua la lectura con respecto a la falta de “distinción de colores”. ¿A qué se refiere el autor? ¿Colores políticos? ¿Colores de piel (del pueblo)? La misma ambigüedad profundiza la no mención, igual que sucedía con el artículo anterior, de la condición de afrodescendiente de Morales, que si tenía algún color era político. De los que fueron a los funerales, probablemente la mayoría tendría conocimiento de su afrodescendencia pero, ¿y los que siguieron? ¿y los inmigrantes? ¿y los que no estaban al tanto de la historia militar? Morales se había convertido en un ejemplo a ser enseñado a las nuevas generaciones de argentinos, era el ciudadano-militar por excelencia que había que imitar, leal, humilde y trabajador, con posibilidad de movilidad social pero sin hacer acopio de poder, era el argentino-pueblo ideal. Pero este héroe no era anónimo, y ya no era negro.

16. La cursiva es nuestra.